

# LA BUENA NUEVA

REVISTA POPULAR CATÓLICA

RELIGION, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

Director: ABDON DE PAZ

Año I.

Madrid 10 Octubre 1873.

Núm. 1.

## SUMARIO

*Prospecto*, por la Redacción. — *Jesucristo*, por D. Abdon de Paz. — *Sentido moral del teatro*, por D. Leopoldo Augusto de Cueto. — *La paloma*, poesía clásica de Perez de Montalvan.

— *La fé*, por D. Bernardo Lopez Garcia. — *La Hija de la Virgen Maria*, cuento alemán, por Grimm. — *Pensamientos*. — *Mascléna*.

## PROSPECTO

Alcanzamos la crisis más horrible porque pasó jamás la humanidad. Desencadenados los elementos, envuélvennos por doquier los horrores de la tormenta. Lánzase las ideas más peregrinas; se discuten los problemas más trascendentales; succédense con vertiginosa rapidez los sistemas filosóficos; el nombre ayer más popular yace hoy en el polvo del olvido; á la lectura del periódico sobreviene la alarma; al discurso de la plaza pública el fragor del combate; erigese la fuerza en reina absoluta del planeta, y la estatua de la razón muéstrase triste, encubierto el rostro por el velo de la vergüenza. Y caen tronos, y desaparecen dinastías, y mueren en el destierro príncipes esclarecidos, y huyen como asustados de su propia obra presidentes de república; prueba de que la sociedad está enferma, víctima de febril delirio, cuyo remedio hay que buscar, no tanto en la política, forma que el mal afecta, cuanto en la religión, centro de la ciencia social en sus varias manifestaciones.

Quiénes somos? La protexta de la fe contra el descreimiento, de la razón contra el delirio. Ajenos á toda política de odios y ambiciones, de cábalas é intrigas; teniendo por único norte la verdad, informada por el libro divino, á cuya influencia deben su engrandecimiento las naciones más adelantadas; escribimos en nuestra bandera el principio de aquella civilización que, como decía Bossuet, contempla al mundo desde la cumbre del Sinaí y coloca á todos los pueblos bajo la dirección de la Providencia. Partidarios del progreso por el Cristianismo, el cual tiene brújula para todas las tempestades y fórmulas para todos los problemas, vamos á defender con su criterio el derecho contra la fuerza, la fraternidad contra el egoismo, el trabajo contra la ociosidad, la propiedad contra el latrocinio, la familia contra la desmoralización, la paz contra la guerra, y dentro del gran círculo de la humanidad, de la que todos somos hijos, *un solo rebaño y un solo Pastor*, el sentimiento de la patria, este amor secreto, misterioso, hácia la tierra que sustentó nuestros primeros pasos, hácia el cielo bajo cuyo azul elevamos la primera oración, hácia el ambiente que transmitió nuestro primer suspiro, hácia el lugar en que descansan las cenizas de nuestros

padres, y en el que probablemente descansarán las nuestras, hácia nuestra cuna y nuestra tumba.

Al emprender la lucha á que se nos provoca, nos dirigimos á las personas que por sus medios pecuniarios, por su ministerio, por su autoridad, estén en el deber de ayudarnos.—Que las clases conservadoras despierten de su apatía, moviéndose por egoismo, cuando no por caridad, para que la buena nueva, la luz del Evangelio, penetre en el hogar doméstico, llegue al club, invada la plaza pública é ilumine casinos, bibliotecas y círculos.—Que el sacerdote, en el hecho de vestir el traje que vistieron oradores como Raimundo Lulio, filósofos como Tomás de Aquino, políticos como Cisneros, sabios como Copérnico, historiadores como Mariana, novelistas como Espinel, líricos como Herrera y dramaturgos como Calderon, comprenda que su ministerio es un sacrificio continuado, una lucha incesante, una vida de abnegación, de estudio, de pureza de costumbres, de actividad incomparable, para que la virtud triunfe del vicio y la sabiduría de la ignorancia, por las únicas armas de la palabra y del ejemplo.—Que el mentor de la infancia, el maestro de escuela, ese sér tan desatendido hasta hoy, acuda igualmente á la lid, seguro de que en nosotros hallará su defensor más entusiasta y de que la buena propaganda que haga será su mayor prez ante la historia.—Que la esposa y la madre, ángeles custodios de la familia, vengan en nuestra ayuda, recordando que, como decía Lamartine, "cuando ha llegado á perderse la esperanza en una causa nacional, no hay que desesperar por completo si aún queda un poco de resistencia en el corazón de la mujer."

Y, aunados los esfuerzos de todos, aleccionadas las nuevas generaciones por los ejemplos de lo pasado y lo presente, levantaremos el edificio de lo porvenir, purificando una sociedad corrompida, regenerando una sociedad enervada, y haciendo que esta infornada patria nuestra disfrute del bienestar moral y material, que como ninguna otra necesita, para que la que se mostró siempre como modelo de independencia é hidalguía, pueda rica y feliz mostrarse ahora también como modelo por la pureza de su religiosidad y la alteza de su cultura.

LA REDACCION.

## JESUCRISTO

El Verbo se ha hecho carne; Dios se ha hecho hombre; la profecía se ha cumplido.

La revolucion político-social estaba realizada. ¿Quién cuidó más del bienestar moral y material del pueblo que Moisés? ¿Quién combatió la tiranía imperial como Isafas? Sin embargo, era preciso que el Mesías descendiera á la tierra para redimirnos con su sangre de nuestro pasado y abrirnos con la fe las puertas de lo porvenir en el Paraíso.

Simeon le bendecirá «como á luz de los gentiles y gloria de Israel (1),» á la vez que la profetisa Ana «hablará de Él á cuantos esperaban redencion (2);» al mirarle, niño de doce años, disputando con los doctores, «todos los que le oigan se maravillarán de su inteligencia (3);» el Bautista le saludará «como al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (4);» no pocos, admirados de su predicacion, no acertarán á explicarse «cómo sabe de letras, no habiéndolas aprendido (5);» otros, asombrados de sus milagros, confesarán «que es verdaderamente el Cristo (6);» los encargados de prenderle no se atreverán á ello, «porque nunca así habló hombre como Él (7);» y hasta «le reconocerán muchos príncipes de los sacerdotes, aunque no lo manifiesten por causa de los fariseos, por no ser echados de la Sinagoga (8).»

«Sin tener donde reclinar la cabeza (9);» se alimentará y vestirá, como hombre, con las ofrendas de las almas piadosas (10). Para que la vanidad no eclipse el mérito de nuestras buenas acciones, predicará «que cuando demos limosna no sepa la mano izquierda lo que haga la derecha (11).» «Angosta será la puerta y estrecho el camino, que conducirá á la vida que anuncia (12).» Y «el que no tome su cruz y le siga, no será digno de Él, ni podrá ser su discípulo (13).»

No apoyará su doctrina en la ciencia de los sábios, á quienes hará comprender «que el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare, ensalzado (14);» ni en la influencia de los escribas, á los que denominará «raza de víboras (15);» ni en el halago de los libertinos, á quienes prohibirá que se unan á otra mujer, aún despues de divorciados justamente de la primera, porque, «lo que Dios juntó no debe separarlo el hombre (16);» ni en las promesas hechas á sus apóstoles, á los cuales enviará «como ovejas en medio de lobos (17);» ni en el porvenir anunciado á sus discípulos, que no será otro que «el

aborrecimiento, la persecucion, la cárcel y la muerte (1);» ni en las riquezas de los poderosos, á quienes recordará «que mucho les será demandado, porque mucho les fué dado (2);» ni en el fácil aplauso de la muchedumbre, á la que dirá cuando alguno se le acerque á pedirle la hacienda ajena, que nadie le puso en tal concepto «por juez, ni repartidor (3);» «Su reino no vendrá con muestra exterior, sino que estará dentro de nosotros (4),» en el cumplimiento de nuestros deberes, en la santidad de nuestra conciencia.

Contra el fatalismo de los esenios, el egoismo de los fariseos y el materialismo de los saduceos, publicará «que Él es la luz que disipa las tinieblas del mundo (5);» «que nos amemos los unos á los otros como Él nos amó (6),» y «que adoremos al Padre en espíritu y en verdad (7);» luz, amor y espiritualismo, que serán por siempre la única panacea de nuestros males.

Fuente de la verdad, dirá á los doctores de la ley: «¡Ay de vosotros, que os alzástis con la llave de la ciencia, y no solo no entrástis, sino que prohibístis á los que entraban (8);» Salvador de la inocencia, advertirá á los que elija para su apostolado: «Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal se echa-se á perder ¿con qué sería salada? Solo valdria para ser arrojada y pisoteada por los hombres (9).» Redentor del sufrimiento, amparará á cuantos padecen: «Venid á Mí los que andáis agobiados de trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros; aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallareis reposo á vuestras almas. Porque mi yugo es suave y ligera mi carga (10).»

Como complemento de tan maravillosa predicacion referirá parábolas incomparables, cuyas imágenes quedarán por siempre grabadas en el corazon del réprobo, del descreido y del hipócrita. En *El Sembrador* condenará la falta de fe, en *El mal siervo* la ingratitud, y en *La Cizaña* la intolerancia. Ensalzará en *El Publicano* la humildad, y en *El Samaritano* la misericordia. Mostrará el triunfo práctico de la prevision en *Las Virgenes prudentes*, el de la laboriosidad en *Las Cien Minas*, el de la igualdad en *Los trabajadores de la viña*, y en *El Juez Injusto* el de la perseverancia en la oracion. *La Dracma perdida* y *El hijo pródigo* serán la vocacion de los pecadores, y *El convite del Rey* y *Lázaro el Mendigo* la vocacion de la plebe. Por último, bajo las figuras de *El bueno y mal Pastor* representará al Mesías, «que da su vida por sus ovejas (11),» y al fariseo, solo atento á su particular interés, «que ve venir al lobo y huye (12).»

(1) S. Luc., II, 32. (2) Id., id., 38. (3) Id., id., 47. (4) San Juan, I, 29. (5) Id., VII, 15. (6) Id., id., 41. (7) Id., id., 46. (8) Id., XII, 42. (9) S. Luc., IX, 58. (10) Id., VIII, 3. (11) S. Mat., VI, 3. (12) Id., VII, 14. (13) Id., X, 38 y San Luc., XIV, 27. (14) S. Mat., XXIII, 12. (15) Id., id., id., 33. (16) Id., XIX, 6. (17) Id., X, 16.

(1) S. Luc., XXI, 12 al 17. (2) Id., XII, 48. (3) Id., id., 14. (4) Id., XVII, 21 y 22. (5) S. Juan, XII, 46. (6) Id., XV, 12. (7) Id., IV, 24. (8) Id., XI, 52. (9) S. Mat., V, 13. (10) Id., XI, 28 al 30. (11) S. Juan, X, 11. (12) Id., id., 12.

Próximo al sacrificio redentor, dejará el lenguaje simbólico para expresarse en términos claros, precisos, encerrando en la profética descripción de *El Juicio Final* la síntesis de toda su doctrina. El Hijo del Hombre, sentado en el trono de su gloria, ante el cual serán reunidas todas las gentes, dirá en aquel día terrible á los que habrá colocado de antemano á su derecha:—«Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre en la persona de alguno de mis hermanos pequeñitos, y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era huésped y me hospedásteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitásteis, estaba en la cárcel, y me vinisteis á ver (1).» Y dirá también, por que hicieron todo lo contrario, á los que estarán á su izquierda:—«¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (2)!» ¡El mismo Dios personificado en la humanidad pobre y desvalida! ¡Los malos ricos identificados con Satanás, no tanto por sus latrocinios, liviandades y demás crímenes, cuanto por su desden para con los que sufren! ¡Hay nada más moral y social! ¡Hay nada más grandioso y justiciero!

Los poderes de la tierra se levantarán en su contra. El infierno rugirá de furor ante su vista. Cafarnaun, Corozain y Bethsaida, dentro de cuyos muros realizará los mayores prodigios, serán las poblaciones más rebeldes. Hasta la Ciudad Santa arrancará á sus labios aquellas palabras tan llenas de amargura: «¡Cuántas veces procuré juntar á tus hijos, como la gallina junta bajo las alas sus polluelos, y no quisiste (3)!» Y en otra ocasión no podrá ménos de lanzar de lo más profundo de su alma este dolorosísimo gemido: «¡Oh generación infiel y perversa! ¡Hasta cuándo v estaré con vosotros y os sufriré (4)!»

Pero ah! En vano la criatura se rebelará contra su Creador, porque para no creer en el Mártir del Calvario sería preciso arrancar el corazón á la humanidad. Jesús será el único en la historia que se atreverá á decir: «Yo soy el principio de todas las cosas... ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado (5)?» Y cuando la samaritana del pozo de Jacob, y cuando el ciego de la piscina de Siloé, y cuando el Sumo Sacerdote le pregunten si es el Mesías verdadero, el Cristo, el Hijo de Dios bendito, contestará: Yo soy (6). Y, como si esto no bastara, espontánea, inconscientemente, le reconocerán por tal sus mayores enemigos, los que dudan de Él, los que le persiguen y condenan. Nicodemus le defenderá en el Sanhedrin (7); Caifás advertirá «que conviene que muera por el pueblo y no que toda la nación perezca (8);» y Pila-

to le mostrará á los judíos, exclamando: «¡Ved aquí al Hombre! ¡Ved aquí á vuestro Rey (1)!» Y más adelante, después de su muerte, Celso, Juliano y Volusiano, confesarán sus milagros; los oráculos gentílicos, según Porfirio, le llamarán ilustre por su piedad; Tiberio, según Tertuliano, querrá colocarle en la categoría de los dioses; Adriano, según Lampriodio, le erigirá templos; y Alejandro Severo le reverenciara como la primera de las almas santas. La Sinagoga y Roma podían llegar, según estaba profetizado, hasta crucificar la humanidad de un pobre joven carpintero; más no á destruir la divinidad de Aquel, que habia dicho: «Pasarán el cielo y la tierra; pero no mis palabras (2).»

¿Qué consiguió el paganismo al cabo de trescientos años de persecuciones inauditas? Lo que muy de antemano estaba escrito: la abolición de la idolatría y el establecimiento de la Iglesia cristiana. ¿Qué se ha conseguido al cabo de diez y ocho siglos de propaganda deísta ó atea? Lo que no podía ménos de acontecer, que los grandes maestros de aquellas escuelas, arrastrados por la corriente de la conciencia universal, hagan confesiones maravillosas, trascendentísimas. Oigamos á Strauss. «Nadie puede aventajar al Cristo, ni llegar después de Él al grado absoluto de la vida religiosa (3).» Oigamos á Proudhon: «La mesianidad del Crucificado es un misterio psicológico insondable (4).» Oigamos á Renan: «Sobre la palabra de Jesús descansará el edificio de la religión eterna (5).» Negar la divinidad del Hijo de María y reconocer que en Él reside lo absoluto, lo insondable, lo eterno, es un círculo vicioso, de suyo pueril y ridículo. Para concluir por hacer tales declaraciones no valía la pena el trabajo empleado durante mil ochocientos años de blasfemias y desvarios. ¿Qué dice hoy la ciencia de los Moleschott y Cabanis? Pues dice que el fatalismo es la ley de la naturaleza, nuestra especie una descendencia del mono, el ascetismo un principio de tisis, el amor un accidente nervioso y el genio una enfermedad del cerebro, viscera que segrega pensamientos como el hígado bilis y orina los riñones... ¿Y á esto se llama progreso? ¿Y por tales sendas se pretende guiar á generaciones, que se tienen por libres y cultas?

De aquí el individualismo brutal, positivista, que corroe nuestras entrañas. De aquí el culto del egoísmo, la adoración de sí propio. De aquí que el gobernante solo piense en conservar su poder, no tanto por el derecho cuanto por el hecho, por la razón cuanto por la fuerza; que el pueblo abuse de la libertad que conquista á precio de su sangre; que el rico se muestre altanero, sin pensar en otra cosa que

(1) S. Mat., XXV, 34, 35, 36 y 40. (2) Id., id., 41. (3) San Mat., XXIII, 37. (4) S. Luc., IX, 41. (5) S. Juan, VIII, 25 y 46. (6) Id., IV, 25 y 26 y IX, 36 y 37; y S. Marc., XIV, 61 y 62. (7) S. Juan, VII, 50 y sig. (8) Id., XI, 50.

(1) S. Juan, XIX, 5 y 14. (2) S. Luc., XXI, 33. (3) *Vida de Jesús*, traduc. de Mr. Littré, t. I, p. 770. (4) Nota f. al c. I de S. Marc. (5) *Vida de Jesús*, c. XIV.

en los placeres, mientras que el pobre enciende la tea y afila el cuchillo con que ha de realizar sus ensueños nihilistas, blasfemando como un monstruo abortado por el averno. Siguiendo este derrotero, las monarquías no podrán menos de degenerar en tiránicas y las repúblicas en demagógicas; acrecerán los odios entre el capitalista y el obrero; enervarse el alma; languidecerá el cuerpo; aumentará el malestar, producido por el continuo oleaje de revueltas y trastornos; y la sociedad, semejante en sus leyes al cosmos, no reposará hasta que vuelva al centro, del que jamás debió separarse, ó hasta que, extinguida en el caos la fuerza física, perezca nuestra especie ahogada su voz en el estruendo de las ruinas.

Pero no: Jesucristo es «el camino, la verdad y la vida (1)», y hacia Él volverá los ojos la humanidad, regenerada como el Segismundo de nuestro Calderon en el crisol de la desgracia. Entre el fanatismo y el ateísmo está la fe, como entre la tiranía y la anarquía la libertad. Tan repugnante me parece Luis Onceno como Bakounine. No interrumpamos con soeces imprecaciones la pura armonía de la oración, que no es otra cosa que la salutación de la criatura á su Creador. Ni menos pretendamos locamente sujetar la inmensidad de Dios á la estrechez de un laboratorio químico. Asentemos la ciencia social sobre base indestructible, recordando que no en vano nos dejó dicho el Verbo personal del Nuevo Testamento: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada de raíz (2)». «Yo soy el que siembra la buena simiente (3)». «Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido (4)».

¿Qué importa el pesimismo de ciertos seres, que todo lo ven negro como la desesperación que consume su alma? ¡Pobres víctimas del descreimiento, incapaces de comprender que el porvenir pertenece á los que afirman, no á los que niegan, pues que «todas las cosas son posibles para el que cree (5)»! Son ciegos y culpan de su falta de vista á la luz. Son sordos y culpan de su falta de oído al sonido. En el silencio en que yacen no perciben que el mundo marcha, ora entre vítores de alegría, ora entre gemidos y lágrimas, hacia el triunfo del Evangelio, es decir, hacia el triunfo del derecho, *quod semper equum ac bonum est*. Y en las tinieblas en que moran, no vislumbran los resplandores de aquel día, en que, convertidos todos los pueblos en una sola familia, bendecida por el Vicario de Jesucristo, practicada la máxima fundamental «á cada uno segun sus obras (6)», elevados el sabio sobre el ignorante, el trabajador sobre el holgazán, y el virtuoso sobre el sibarita, desvanecidos los sueños de los sofistas, extinguidos los falsos cul-

tos, sin tiranos que nos opriman, ni guerras que nos desangren, imperando una sola ley, hablándose una misma lengua, el hombre tornará á ser digno hijo de Dios, y la tierra trasunto fiel del Paraíso.

Para realizar progreso tan fecundo pidamos aquella libertad, santa, verdadera, que inspiró á los Profetas y predicó Cristo; y á su sombra escribamos, hablemos, luchemos, anunciando paz á los hombres de buena voluntad, enseñando al ignorante, amparando al débil, consolando al triste, redimiendo al cautivo, acogiendo al huérfano, asistiendo al enfermo, y en todas ocasiones glorificando y adorando á Aquel, que, hijo de una Virgen, destinada por el Altísimo á acompañarle en los más solemnes instantes de su vida, pasión y muerte, con sus cuidados en Nazareth, con sus consejos en Caná, con sus bendiciones en Bethania y con sus lágrimas en el Gólgota, no rehusó nacer de la mísera humanidad, á la que venia á redimir, hallándose entre sus ascendientes espigaderas como Ruth y pecadoras como Thamár, Raháb y Betsabé; á Aquel, que, reprendiendo á los que le pedían fuego del cielo contra los que no seguían su doctrina, enseñando á sus discípulos la oración del *Padre Nuestro*, confesando «que no habia venido á que le sirvieran, sino á servir (1)», realizó un prodigio mayor que el de devolver el habla á los mudos, la vista á los ciegos, el oído á los sordos y la vida á los muertos, cual fué el de santificar los derechos de la personalidad humana, quebrantando las cadenas del esclavo y ennobleciendo el trabajo del obrero; á Aquel, que, olvidado por los enfermos que curaba, rechazado hasta por sus parientes, interrogado con miras interesadas por la esposa del Zebedeo, desatendido por Marta, calumniado por los sacerdotes, perseguido por los tetrarcas, vendido por Judas, negado por Pedro, desconocido por Tomás, maniatado en el huerto de Gethsemani, abofeteado en casa de Anás, escupido en la de Caiás, vestido como loco en la de Herodes, azotado en la de Pilato, entregado á la furia de las turbas, cargado con el afrentoso madero, sin otro consuelo material en sus dolores que el manto de una piadosa mujer como la Verónica y el brazo de un labriego como Simon de Cyrene, teniendo por comida hiel y por bebida vinagre, rogaba á su Eterno-Padre por los mismos que le crucificaban; á Aquel, que, guía del corazón, móvil de la voluntad y luz de la inteligencia, dominará por siempre nuestras revoluciones y reacciones, subsistiendo con todas nuestras formas de gobierno, y mostrándonos en nuestras terrenales miserias como EL ÁRBOL DE LA VIDA, de que nos hablan al principio y fin del libro divino el profeta y el evangelista, Moisés en el *Génesis* y San Juan en el *Apocalipsis*.

ABDON DE PAZ.

(1) San Juan, XIV, 6. (2) San Mateo, XV, 13. (3) Idem, XIII, 37. (4) San Juan, XVI, 24. (5) San Marcos, IX, 22. (6) S. Mat., XVI, 27.

(1) S. Mat., XX, 28.

## SENTIDO MORAL DEL TEATRO

Condenar el teatro en sí mismo, en vez de condenar sus abusos, sería tarca, sobre ociosa, contraria á la civilizaci6n, que requiere recreos artísticos, honestos y elevados; sería renovar intempestivamente aquella célebre contienda en que Voltaire y d'Alembert, contra Juan Jacobo Rousseau, sustentaban la conveniencia de establecer un teatro en Ginebra. Hoy, que el impulso fundamental del siglo lleva irresistiblemente nuestro ánimo á juzgar las cosas en la esfera de lo posible y de lo práctico, nos asombra que entendimientos de tanto arrojo y alcance se empeñaran en resucitar la antigua y estéril contienda entre profanos y ascetas, sobre si el teatro debe conservarse como reflejo y órgano de nobles sentimientos, de altos recuerdos, de afectos puros y delicados, ó proibirse para siempre de las sociedades bien regidas, como despertador del vicio y del escándalo, ó, segun la expresi6n de un desabrido moralista español del siglo XVIII, como «la fragua donde se atizan y sacan los filos á las pasiones más mortales.» Rousseau no hizo uso de estas metáforas desmedidas; pero, aunque sin grandes títulos para ello, se afilió entre los ascetas, y con la vehemencia de imaginaci6n que le distinguía, y el lenguaje apasionado, á par que sencillo, que constituía su encanto y su fuerza, atacó el teatro de un modo radical y absoluto, como escuela de perversas ideas y de insanos afectos.

Achaque era del *filosofismo* belicoso de ent6nces extremar todos los principios, y tratar todas las cuestiones como meras abstracciones, olvidando la fuerza incontrastable de los hechos, de las costumbres y de las tradiciones, y como si la constituci6n moral de la sociedad fuera un edificio de cera que aquellos pseudo-filósofos habian, con sus orgullosas manos, de crear y de modelar á su antojo. Rousseau, probando demasiado, no probaba nada. Si con tanto ceño y austeridad miraba el teatro porque puede inducir al mal con pinturas arriesgadas y con incentivos seductores, ¿cómo no vió que en su novela *La Nouvelle Heloise*, otra forma del arte, acaso más peligrosa que el teatro, incurria ampliamente en los inconvenientes, que tan perniciosos le parecian en la escena, y con cuadros hechiceros é imágenes conmovedoras provocaba y enardecía ilegítimas pasiones, que el arte de una naci6n culta y cristiana debe, sin tregua, condenar? Ni Voltaire con su espíritu laxo y escéptico, ni d'Alembert con su filosofía acomodaticia y liviana, ni Rousseau con su inesperada austeridad dogmática, hicieron dar un paso á la cuesti6n. Quedó siendo en su esencia lo que ha sido siempre: una cuesti6n de buen sentido y de civilizaci6n artística y moral. El teatro es indudablemente un medio trascendental de propagar ideas y de despertar y acalorar sentimien-

tos. Su influencia puede ser sana ó perniciosa, á medida del espíritu que lo anime y alimente. Sublime y religioso en las tragedias de Esquilo y Sófocles; profundo, trascendental y apasionado en los dramas de Shakspeare; caballeresco y fantástico en las obras de Calderon; reflexivo y moral en las de Alarcon; desmandado y procaz en las de Maquiavelo y del Aretino; triste y festivo á un tiempo en las de Molière; majestuoso, atildado y ceremonioso en las de Corneille y de Racine; filosófico en las de Goethe; áspero y estóico en las de Alfieri; intencional y escéptico en las de lord Byron; artificial é ingenioso en las de Scribe; brillante, violento y conmovedor en las de Víctor Hugo y Dumas; desatentado y cínico en nuestros días; el teatro presenta estas y otras fases sin cuento, segun las razas, las naciones y las edades. Cada civilizaci6n tiene sus formas y sus tendencias peculiares, que se reflejan más ó menos visiblemente en las obras dramáticas.

Solo la sociedad de nuestro tiempo, incierta y vacilante en todo, cansada de todo, parece incapaz de infundir en sus obras un carácter fijo, y de imprimir en ellas un sello privativo popular, espontáneo, sin el cual las artes y las letras carecen de belleza propia y de alto y nacional espíritu. Los mejores escritores dramáticos de la Europa contemporánea demuestran á veces talento eminente; pero no tienen inspiraci6n, esto es, esa llama universal, más poderosa que todas las facultades del individuo, que se infunde irresistiblemente en el ánimo, y es para el escritor como una fe misteriosa y segura, que alienta, guía y robustece el entendimiento. En esta época de inquietud y de moral fatiga, esa llama no existe. Si la busca con fervor el ingenio, se afana en balde. La llama de la inspiraci6n se apaga ó se extravía ante un público que, falto de entusiasmo y de sensibilidad estética, antepone la impresi6n á la idea, la sensaci6n al sentimiento, y el recreo de los sentidos ó la sorpresa vulgar de gimnásticos ejercicios á los deleites del espíritu.

El teatro de la Europa contemporánea decae á pasos agigantados; pero es lo singular que no decae como arte, sino como elemento moral y civilizador. La estructura de las obras dramáticas es diestra y acertada, el lenguaje limpio, brillante y animado, las peripecias ingeniosas y adecuadas; ¿qué le falta, pues, para conmover de veras el entendimiento y el corazon, para avasallar la atenci6n pública? Le falta lo que á una estatua correcta, ataviada con elegantes vestiduras: le falta el alma, y el alma en el teatro es la pintura de nobles caracteres, es la expresi6n feliz é ideal de grandes sentimientos. Escritores dramáticos que, con reproducir con pobre y aparente fidelidad una parte, por lo comun la menos bella, de las costumbres de vuestro tiempo, juzgais haber

llegado á la cumbre del arte; os engañais deplorablemente. Vuestras obras, hijas del prosáico sistema que hoy se llama *realismo*, son al arte puro y verdadero lo que la fotografía á la pintura. Os basta la imagen muerta de las cosas: lo puro y lo elevado no os conmueve: por eso escogéis mal: por eso la sociedad, que pensais retratar y que calumniáis á menudo, mira vuestras obras como insustancial pasatiempo. La sociedad no respeta el arte sino cuando lo impone su grandeza.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

### LA PALOMA

CUENTO

(Acto III de *No hay vida como la honra*)

Estando mirando un día recrearse una paloma, que á su consorte marido, cuando el sol los campos dora, con mil géneros de arrullos el pico daba amorosa; ví que un gavilan hambriento con agudas alas corta el aire desde una encina, y estando más cerca roba de los dos al triste esposo, llevándole entre las curvas uñas al árbol primero, donde con furia rabiosa se lo comió sin trincharle, llena de plumas la boca. Y volviendo á la viuda ví que afligida y llorosa, dando vueltas y escarbando con los piés la verde alfombra, parece que á la fortuna se queja de afectuosa; que en el más torpe animal tiene el dolor ceremonias. Era entre todas, señor, si bien de una especie todas, ésta más blanca de pluma y más jarifa de pompa; por lo cual otros amantes, contentos de verla sola, en vez de pésame y luto la cercan y la enamoran. Cuál una pluma le quita, cuál la halaga y la retoza, cuál galan se contonea, cuál la arrulla y cuál la ronda, y cuál los granos de trigo le lleva para que coma; que hay tambien aves discretas y saben que el dar importa. En fin, aunque se defiende y aunque la pena la ahoga, la necesidad la obliga, tanto este mónstruo ocasiona, á que el tálamo de pajas pise, de otro amante novia. Esto ví, señor, un día, y revolviendo en mis cosas, confuso y turbado dije á mi cobarde memoria: —«Leonor es mujer y pobre,

muy querida y muy hermosa, el mundo fuerte enemigo, ausente yo y ella sola. Pues ¡qué se yo si Leonor hace como la paloma y da lugar en el nido á quien el trigo le arroja?»

PÉREZ DE MONTALVÁN.

### LA FÉ

SONETO

Yo soy amor y del amor camino; soy blanca nave del sagrado puerto; por mí postrado en el peñon desierto canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino, que cruza el mundo de pesares yerto; soy árbol santo del eterno huerto; rosa bendita del rosal divino.

Sin mí la pena se desgarras y lloras; sin mí el dolor sus amarguras vierte; sin mí el sepulcro con furor devora; aspirando mi luz el alma es fuerte; la pena se hace amor; la noche aurora; la tumba claridad; faro la muerte.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

### LA HIJA DE LA VIRGEN MARIA

CUENTO ALEMÁN

(Traducido expresamente para LA BUENA NUEVA)

A la entrada de un extenso bosque vivía un leñador con su mujer y una hija única de tres años, á la que no podían mantener los infelices consortes, pues eran tan pobres que carecían hasta de lo más necesario. Una mañana salió el campesino muy triste á trabajar, y cuando estaba partiendo leña se le apareció una señora, alta, hermosísima, que llevaba en la frente una brillante corona de estrellas.

—Soy, le dijo, la señora de este país. Sé tu miseria. ¡Quiéres entregarme á tu hija y haré con ella las veces de madre?

El leñador vió el cielo abierto. Corrió en busca de la inocente criatura y se la entregó á la señora, que se la llevó á su palacio.

La niña era allí muy feliz. Comía bizcochos, bebía buena leche, vestía trajes de oro, y todos procuraban complacerla.

Cuando cumplió catorce años, la llamó un día la señora para decirle:

—Querida hija mía, teniendo de hacer un viaje muy largo, te entrego las llaves de las trece puertas de palacio, doce de las cuales puedes abrir; pero no la décimatercera, que se abre con esta llave. Guárdate bien de ello, pues de lo contrario te sobrevendrían grandes desgracias.

La jóven prometió obedecer, y en cuanto partió su protectora comenzó á visitar las habitaciones, una cada día, hasta concluir de ver las doce. La circunstancia de hallar en todas el trono de un rey, adornado con gusto sin igual y magnificencia inexplicable,

avivó sus deseos de saber lo que ocultaría la puerta prohibida.

—Ya que no por completo, dijo á los que la acompañaban, quisiera entreabrirla un poco á fin de que mirásemos al través de la rendija.

—Ah! no, advirtieron los pajes, porque lo ha prohibido la señora y podría sucederte alguna desgracia.

La niña guardó silencio; mas no bien se hubieron ido los criados, cuando, atormentada por la curiosidad, pensó interiormente:

—Ahora estoy sola y nadie puede verme.

Y, colocando la llave en el agujero de la cerradura, la dió vuelta, apareciendo en el interior del aposento la estatua de un rey, envuelta en el más vivo resplandor. Un rayo de luz, desprendido de ella, tornó de color de oro la punta de uno de los dedos de la desobediente, la cual, sin acertar á explicarse lo que la acontecía, cerró la puerta con precipitación y se dió á correr toda amedrentada y temblorosa.

Al cabo de unos días, que trascurrieron sin devolver á la conciencia su calma y al dedo su color primitivo, volvió de su viaje la señora, llamó á la jóven y le pidió las llaves de palacio.

—¿Has abierto, le preguntó cuando se las entregaba, la puerta décimatercera?

—No, contestó la niña sin inmutarse.

La señora colocó su mano en el corazón de la mentirosa, y, aunque al ver que latía con violencia comprendió que había sido violada su orden, interrogó de nuevo:

—De veras, no lo has hecho?

—No, contestó la niña segunda vez.

La señora miró el dedo, dorado al contacto de la luz, y, convencida de la culpabilidad de su ahijada, volvió á interrogar:

—No lo has hecho?

—No, contestó la niña tercera vez.

Entonces dijo la señora:

—La que no ya sabe desobedecer, sino mentir, no merece estar conmigo en mi palacio.

La jóven cayó en un profundo sueño, á cuyo despertar se encontró tendida en el suelo, en un lugar triste, despoblado. Quiso dar voces y no pudo articular palabra. Quiso huir y un espeso bosque, que la rodeaba por todas partes, detuvo su paso. En el círculo en que se veía encerrada halló un árbol, carcomido por los años, cuyo hueco tronco eligió por habitación. Allí dormía de noche y, si llovía ó nevaba, aquel era su abrigo, sin que su alimento fuese otro que hojas y yerbas.

Después de un largo período de soledad, de hambre y desnudez y otros padecimientos indecibles, un día de primavera el rey de aquel país penetró cazando en el bosque, en persecución de un corzo, que llegó en su huida hasta la espesura que rodeaba al viejo ár-

bol. El príncipe bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada, no sin quedar maravillado al ver sentada debajo del arbusto á una jóven, sobrenaturalmente hermosa, encubierta desde la cabeza hasta los pies por sus luengos y rubios cabellos.

—Cómo has llegado hasta este desierto? le interrogó el rey con asombro.

Mas ella no le contestó, porque no podía despegar los labios.

—Quieres venir conmigo á mi palacio? insistió el príncipe, sin embargo.

Y como por señas le diese á entender su asentimiento, el rey la subió en su caballo y se la llevó á su morada, donde, después de vestirla y rodearla del mayor esplendor, se apasionó y casó con ella.

Al cabo de un año, la reina dió á luz un hermoso niño. Una noche, hallándose sola en la cama, se le apareció su antigua señora, que le dijo:

—Si quieres confesar al fin la verdad te devolveré el uso de la palabra; pero si te obstinas en mentir me llevaré al recién nacido.

Entonces pudo hablar la princesa; mas fué para manifestar solamente:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora se llevó al tierno angelito, cuya falta, al notarse á la mañana siguiente, hizo que se esparciera el rumor entre la servidumbre de palacio de que la reina era ogra y que le había matado. Todo lo oía aquella sin poder defenderse. Y gracias á que el rey la quería demasiado para creer tales murmuraciones.

Trascurrido otro año, la reina dió á luz otro niño; y de nuevo tornó á aparecersele por la noche la señora.

—Si quieres, insistió esta, confesar al fin que me desobedeciste, te restituiré tu hijo y te desataré la lengua; mas si te obstinas en tu pecado me llevaré tambien á este otro.

La princesa repitió:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora le quitó de los brazos al niño, llevándosele á su morada. Y, al hacerse pública la desaparición á la mañana siguiente, no solo se dijo ya en alta voz que la princesa se le había comido, sino que hasta los mismos consejeros de la corona pidieron que se la procesase. Sin embargo, el monarca la amaba tanto que le negó lo que pedían, mandando so pena de muerte que no se hablara más del asunto.

Al año tercero, la reina, que había dado á luz una hermosa niña, vió presentarse tambien durante la noche á la señora, que le dijo:

—Sígueme.

Y cogiéndola de la mano la condujo á su palacio, donde le enseñó á sus dos primeros hijos, que la conocieron en seguida y jugaron con ella. Entonces, como la madre se alegrara mucho de verles, repitió la señora:

—Si quieres confesar ahora la verdad te restituiré tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

Oído lo cual, la señora volvió á la madre á la cama, y se llevó consigo á la niña.

A la mañana siguiente, viendo que no hallaban á la recién nacida, repetían á una todos los de palacio:

—La reina es ogra; hay que condenarla á muerte.

El rey no pudo ménos de seguir en esta ocasion el parecer de sus consejeros; la princesa compareció ante el tribunal; y, como la falta del habla le impedía defenderse, fué condenada á morir en una hoguera.

Atada estaba ya al palo y la llama de la pira comenzaba á rodearla, cuando el arrepentimiento tocó en su corazón.

—Si pudiera, pensó interiormente, confesar ántes de morir que he abierto la puerta...

Y exclamó:

—Sí, señora, he sido culpable.

No bien se le ocurrió este pensamiento, cuando apareció la señora, acompañada de los dos niños y sosteniendo en sus brazos á la niña, y dirigiéndose á la reina le dijo con acento lleno de bondad:

—Todo el que se arrepiente y confiesa su culpa es perdonado.

Y, entregándole sus tres hijos y devolviéndole el uso de la palabra, la hizo feliz por el resto de su vida.

GRIMM.

### PENSAMIENTOS

Un hombre ha cumplido el primero y más noble destino del ser inteligente cuando ha aplicado su entendimiento á conocer la verdad y darla conocer á los demás.

BONALD.

..... Donde méritos faltan,  
los que piensan subir, caen.

LOPE DE VEGA.

Cosa más fácil es fundar una ciudad en el aire que una sociedad sin creencias religiosas.

PLATON.

..... Basta un hombre de bien  
para cuatro mil villanos.

TIRSO DE MOLINA.

El mundo debe volver á la fe por el buen uso de la razón.

GREGORIO XVI.

En materias de favores  
es tan desdichado el premio,  
que es el que los goza más  
el que los merece ménos.

CALDERON.

Dadme madres que sepan educar á sus hijos, y convertiré á Francia en una Arcadia.

NAPOLEON I.

Entre el honor y el amor  
hay muchos montes de nieve.

LOPE DE VEGA.

La Providencia es el ángel bueno de la humanidad.

VICO.

Si no hubiera tantas bobas  
no hubiera embeleco tanto.

TIRSO DE MOLINA.

Confieso que los antiguos poseían todas las virtudes humanas; pero las virtudes divinas solo se hallan entre los cristianos.

VOLTAIRE.

... A quien le daña el saber  
homicida es de sí mismo.

CALDERON.

La democracia francesa fué educada en la Enciclopedia, dándole su inmortal ironía Voltaire y su inagotable elocuencia Rousseau; la democracia americana fué educada en un antiguo libro, la Biblia... Pues bien: la democracia francesa está suprimida en el mundo, mientras que la democracia americana lo llena todo con sus resplandores.

CASTELAR.

### MISCELÁNEA

Habiéndonos manifestado gran número de suscritores el deseo de que LA BUENA NUEVA no se circunscribiese sólo á tratar asuntos puramente religiosos, de lo cual pudiera resultar cierta monotonía, la damos y continuaremos dando mayor amplitud en los conceptos científico, artístico y literario. Deseos de corresponder al favor que el público nos ha dispensado, procuraremos complacerle en cuanto buenamente penda de nosotros.

—¿Usted que sabe tanto de historia, preguntaba un tonto á un célebre académico, podrá decirme qué hizo Mahoma cuando cumplió los treinta años?  
—Entró en los treinta y uno, contestó el académico.

Un emisario de Luis XIV se presentó en casa de Racine, previniéndole que el rey le esperaba á comer aquel mismo día.

—No puedo disfrutar de tal honor, contestó el célebre poeta. Hace una semana que no habia visto á mis hijos; están locos de contento con mi regreso; y nada más natural que coma en su compañía, cuando separarme de ellos, en el instante mismo en que vuelvo á sus brazos, seria despedazar su corazón. Hacedme el obsequio de manifestárselo así á S. M.

Las siguientes máximas son de una gran utilidad práctica.—Si compras lo que se te antoja, no tardarás en vender lo que necesitas.—El tiempo es como el dinero; no lo malgastéis y siempre tendréis el suficiente.—Nos han causado muchos disgustos males que jamás ocurrieron.—El hombre debe buscar ante todo su subsistencia en el trabajo, que es la virtud que más le enaltece, y no demandarle como un mendigo del Estado, que es el vicio que más le degrada.—Sin economía se puede trabajar toda la vida y morir pobre.—Una ganancia á costa de la reputación es una verdadera pérdida.—Conviene ser viejo en la juventud para ser joven en la vejez.—Es una desgracia no tener nada que desear y mucho que temer: tal es la desgracia del rico.—Tres cosas son indispensables para la celebridad y la fortuna: ciencia, conciencia y paciencia.—Honra en todo anciano á tu padre, en todo niño á tu hijo, en toda mujer á tu esposa y en todo hombre á Dios y á tí mismo.

Tip. de G. ESTRADA, DR. Fourquet (antes Yedra), 7.